

La Patria

Director, ARMANDO SOLANO

SUPLEMENTO LITERARIO

Redactor, ROBERTO LIEVANO

Domingo, 22 octubre de 1916.

Bogotá, (Colombia) Carrera 6a, Número 305.—Apartado 986—Teléfono 580

Año IV—Serie—XXVIII—Número 1097

Remy de Gourmont

La muerte de Remy de Gourmont, acaecida en los primeros días de octubre, no sólo ha contristado mi espíritu, sino lastimado también fibras humanas de mi sensibilidad. Por espacio de diez o doce años, desde que cayó en mis manos el primero de sus libros, un tomo de los *Epílogos*, que llegó casualmente al rincón suramericano de donde soy oriundo, seguí con avidez y deleitación el curso de su pensamiento. Fue una verdadera fascinación la que ejerció sobre mi alma aquella inteligencia vibrátil y militante, sensible como un seismógrafo a las más tenues y distantes trepidaciones del mundo, y tan firme y tan segura de sí misma en presencia de los más azarosos problemas, de las más inopinadas contingencias, como una hermosa máquina de guerra.

En las letras francesas de los últimos 25 o 30 años, ha ocupado Remy de Gourmont un puesto tan importante y en ciertos sentidos tan trascendental, como el que ocuparon Descartes o Voltaire, Augusto Comte o Taine en sus momentos respectivos. No se me oculta que esta asimilación de nombres propios y de mentalidades desemejantes se presta a interpretaciones engañosas. Pero no es artificial ni desmesurada tratándose de Gourmont. Cada época de la vida intelectual se anuncia y caracteriza por medio de los órganos que le son propios. Y cada época de cultura genuina trae consigo, como indicio natural de su constancia y autenticidad, una o más inteligencias superiores, hacia las cuales converge, como a su foco natural de culminación y redistribución, todo el caudal de irradiaciones circunstanciales.

Inteligencia de este orden y de esta magnitud fue la de Remy de Gourmont. No se podría decir de él que hubiese sido un filósofo en el sentido didáctico de la palabra. Su obra no es una Suma ordenada de los conocimientos, como las de Aristóteles y de la edad media. No es tampoco la expresión de una ley o principio común a todos los fenómenos, como los de Kant o Spencer. La función peculiar a que estaba predestinado su talento—enriquecido por lo de más de conocimientos universales—era de preferencia la de emancipar el entendimiento de la limitación de los sistemas y prestarle armas al individuo contra la disciplina de las reglas sin excepción y de las exigencias gregarias de la certidumbre. «El Idealismo significa libre y personal desarrollo del individuo intelectual en la serie intelectual,» dirá en uno de sus tratados, con frase susceptible de los más fecundos y vastos desarrollos.

Descendiente, al decir de sus biógrafos, de los Gourmont, impresores y grabadores de los siglos XV y XVI, que produjeron las primeras ediciones en caracteres griegos y hebreos publicadas en Francia, y por otra parte en línea recta de la familia del poeta Malherbe, hizo sus estudios Remy de Gourmont en el Liceo de Coutance y después en la Universidad de Caen. En 1883, a los veinticinco años de edad, obtuvo por oposición un puesto en la Biblioteca Nacional de París. Simultáneamente se daba a conocer como escritor y como literato, asociando su naciente

prestigio con el grupo de los Simbolistas y haciendo armas ardientes de polemista contra el Naturalismo. La integridad de su carácter y la energía de sus convicciones se avivaron mal, por otra parte, con las exigencias de la disciplina oficial. Un artículo suyo, «Le jou-jou Patriotisme,» en que lastimaba las susceptibilidades del patriotismo declamatorio, hizo imperativa la dimisión de su empleo. Tenía en cambio una reputación, restringida todavía, pero ya bien sentada, de escritor. Las páginas del *Mercure de France* y las de otras revistas de su país y las de todas las capitales europeas y las del mundo entero se franqueaban alborozadas a sus producciones.

El examen de su obra, un conjunto de más de cincuenta volúmenes, revela dos períodos, dos ciclos completos y definidos en su producción. Con excepción de su admirable trabajo sobre el Latín Místico, en que sus dotes de filólogo y de crítico se anuncian en toda su fecundidad, la obra de su primer período es exclusivamente literaria: novelas y poemas, alegorías y reconstrucciones, leyendas y dramas, sumtuosamente imaginados, a veces, como en el *Vieux Roi Lilith*, grandiosamente concebidos y desempeñados con la conciencia inspirada y escrupulosa del arquitecto y del orfebre. A aquella época pertenece *Sixtine*, «Román de la Vie Cébrale,» una de las más exquisitas experiencias de psicología que pudiera llevar a cabo la inteligencia del sabio—del futuro autor de la «Física del Amor»—inspirándose en la imaginación contemplativa y en la sensibilidad del artista. De aquella época son también, entre otras obras de sorprendente vigor y originalidad, «Teodato,» drama de los tiempos legendarios del Cristianismo, y «Los Caballos de Diomedes,» novela singular, sin acción y casi sin situaciones ni caracteres, en que un grupo de imágenes abstractas, de simples sensaciones, revestidas de carnes juveniles, se entrelazan y discurren, con todas las virtuosidades del estilo, en un ambiente de claridades matinales, reminiscente de Platón y del Renacimiento.

Las tareas de erudición atenuan oportunamente el vuelo de aquella fantasía sedienta de estímulos raros y ejercicios temerarios, propensa por momentos a alejarse de los confines del mundo y de los términos de la naturaleza. Las leyendas y poemas de la Edad Media cautivan su atención especialmente. Sus predilecciones de humanista y de filólogo le conducen, de una en otra excursión, a las soledades recónditas y agrestes del lenguaje. Su oído de poeta percibe el timbre seductor de aquellas voces frescas y delicadas—canto de pájaros o tañido de flauta, idilio de pastores o salmo de penitentes—que ensayan desde el fondo de la noche medieval los himnos precursores de la aurora. En una publicación de corta, sin bien preciosa vida, «L'Imagyer,» resucita y reimpresa con retoques oportunos, obras como el «Mystère de Théophile,» «Au cassin et Nicolette,» «La Patience de Griseldis.» Guignin, Groux, Whistler y D'Espagnat, realzan con sus dibujos más personales e intencionados, los ingénuos hallazgos del anticuario.

Las preocupaciones del erudito, con el ejercicio, inseparable de ellas, de sus virtudes de intuición nativa, incitan la inteligencia de Gourmont a la contemplación de los problemas críticos de orden inmediato. El examen de códices y manuscritos, la reconstrucción de obras y de épocas, la evocación minuciosa y prolífica del espíritu de tiempos y

autores, sociedades y personajes extinguiélos, deleita y satisface las propensiones de sus sentidos de humanista. El espectáculo de la vida que bulle a su alrededor, los de la sociedad y la civilización que desfilan a sus ojos, se interponen en su campo visual y electrizan e inflaman sectores cada vez más dilatados y eminentes de la espiral de su intelecto.

La literatura contemporánea es el primer objeto en que se fijan sus miradas. He hecho mención de la actitud de Gourmont en el conflicto de simbolistas y naturalistas. Sería inoficioso volver sobre los méritos de aquel litigio, del cual quedaron, como testimonio de la sinceridad y del talento de unos y otros, algunas de las páginas más preciosas de la literatura moderna. Entre éstas, por parte de Gourmont, los dos «Libros de las Máscaras», primer eslabón de la serie de sus labores críticas.

Del examen de la literatura como expresión de la personalidad, al del grupo social en que ésta evoluciona, el tránsito es de lógica enevitable para la mente de Gourmont. Este enemigo de los sistemas y de los postulados y de las concepciones simétricas, ha seguido una curva de sorprendente regularidad en el desarrollo de su inteligencia. Por incitaciones sucesivas y obligadas, los granos de oro nativo, en que ejercita sus predilecciones originales, le han conducido a la exploración de los filones y de las montañas y del cosmos en su conjunto. Los problemas del Estilo y de la Estética del lenguaje, que cautivan su atención en pos del estudio y de las mentalidades individuales, suscitan las cuestiones en que la relación del hombre con la idea, y de los hombres y las ideas con la sociedad, se plantean como cuestión elemental y final al mismo tiempo.

En dos volúmenes, «La cultura de las ideas» y «La senda de terciopelo», de 1900 y 1902, acomete Gourmont el estudio de estos problemas. Desde época anterior ha adoptado, por otra parte, la costumbre de hacer la crónica puntual de los sucesos y de comentarlos a medida que surgen a su paso. Nada más extraño en apariencia a la índole del erudito, del crítico y del sabio, que aquella notación impresionista, si vale la palabra, de incidentes cotidianos, en que se descompone la vida de una sociedad. La vida en su conjunto y en sus manifestaciones pormenorizadas embarga cada día más las facultades de observación y de análisis de Gourmont, y es lo que palpita con toda su espontaneidad y singularidad en aquellas fugitivas manifestaciones y la que fijará el escritor en una sucesión de páginas y de volúmenes—los *Epílogos*—que constituyen el documento más personal y emblemático de su intelecto.

Pero no es solamente la notación puntual y analítica de los fenómenos la que atesora en sus confines el jardín de los *Epílogos*. Simultáneamente con ella, sorprende en aquellas páginas los ojos hechizados del lector, resortes dominantes de temperamento, y junto con detalles preciosos de estructura, todas las peculiaridades funcionales de aquella inteligencia. Es casi un Diario íntimo, una Confesión, tanto más cautivadora y persuasiva cuanto más impremeditada, la que consignan a su paso la mentalidad voluble y plástica y la sensibilidad incomparable del escritor. La dependencia mutua de objeto y sujeto, indecisa u obtusa en el término medio de las gentes, unilateral en los entendimientos de relieve acentuado, reviste en la conciencia de Gourmont proporciones y caracteres dramáticos. Su intelecto no sólo interroga los fenómenos, sino que se identifica con ellos, y los ciñe tan de cerca y con tanta vehemencia que participa de sus accidentes y les imprime a su vez los dones de su personalidad. Un mismo asunto, vemos así que determina sucesiva y lógicamente reacciones diversas y antagónicas en su organismo. «El alma es corporal y el cuerpo es espiritual», se ha dicho desde los tiempos de *Sixtina* «Ni la contradiction n'est marque de fausseté, ni l'incontradiction n'est marque de vérité» advertía después con Pascal en la portada de uno de sus libros.

Sería un error capital inferir que su espíritu estuviera por eso a merced de aquellos reputados «conflictos de

la duda» en que ganaron las palmas del martirio los filósofos predilectos de una generación decepcionada y elegiaca. La atmósfera propia de Gourmont es la atmósfera estimulante de la certidumbre, del señorío de sí mismo. Sus facultades preservan intacto su equilibrio y se mueven con tanta libertad, con ímpetu tan decidido, en el estado de afirmación como en el de negación, como en el de scepticismo.

Las condiciones específicas de su organismo prescriben de antemano la ruta de su pensamiento. Es una inteligencia viril y apasionada, ávida de acción y constituida para la libertad. En oposición a los románticos de la política, según los cuales «el hombre nació libre y la sociedad lo ha encadenado», el sentido crítico y la observación le enseñan que el hombre ha nacido esclavo y que la sociedad considera y explota simplemente la fidelidad de sus vasallos. «Dos sentimientos coinciden en el alma del ciudadano», dirá en uno de los *Epílogos*: «la peur de la liberté et la peur d'avoir l'air d'avoir peur de la liberté». Contra ese estigma de duplicidad original que entraña todas las condiciones de la servidumbre nada pueden las batallas retóricas ni los encuentros sanguinarios que se libran con el pretexto de la libertad. La última trinchera, la línea vital de este conflicto radica en la conciencia y en la mentalidad de cada hombre.

Sobre ese campo laberíntico, surcado de repliegues y encrucijadas, proyecta Gourmont los destellos rutilantes y los ataques destructores de su dialéctica. «Il faut quand on aime la liberté, encourager tout ce qui peut libérer l'homme.» Es preciso estimular entre las fuerzas motrices el instinto y entre las fuerzas directrices la cultura en sus más diversas significaciones. Defiende, por tanto, franca mente, sin balbuceo ni circunloquio, la libertad de las costumbres y denuncia con el vigor peculiar de sus invectivas las imposturas y ficciones de escuelas y partidos y *plataformas*. «El legislador no es sino un tirano inconsciente que cree haber cumplido su deber en cuanto ha satisfecho sus preocupaciones.»

No se forjan ilusiones, por lo demás, este campeón de la libertad sobre el éxito de sus esfuerzos. Le son demasiado familiares las fatalidades que encadenan la célula inicial de cada hombre, y por gravitación natural su fortaleza de institos y de pensamientos se remonta al concepto del individuo como cifra de sus aspiraciones. Su enérgica individualidad no puede concebir ni entender la vida, ni el arte, ni la sociedad, sino en términos de individuación. La fórmula de Schopenhauer—«El mundo es mi representación»—le suministra el punto de partida de su estética. «La verdad es mi verdad», repetirá orgullosamente con Stirner. Y cuando la estrella de Nietzsche despunta en el horizonte, la mente de Gourmont, que ha presentido la necesidad de una transmutación de los valores, asimila instantáneamente la virtud esencial de aquellas enseñanzas y hace vibrar los ámbitos de su taller con los tañidos argentinos y marciales del martillo de Zarathustra.

Por un momento temieron tal vez los lectores de Gourmont que los filtros hechiceros del Anticristo rompieran o importunaran el equilibrio pujante y armónico de sus facultades. La imperturbable lucidez y la consistencia lógica de su pensamiento circunscriben la influencia del profeta a sus términos naturales. La enseñanza del inmoralista, la predicación del aristócrata-radical, se clarifican y aquilatan en las páginas de Gourmont sin comprometer ni perturbar la constancia y homogeneidad distintivas y preclaras de su genio.

Para hacer inteligible su mensaje, el visionario de Zarathustra ha tenido que acogerse a los métodos del estilo francés. La Roche Foucauld, Chamfort, Pascal, son sus modelos, la obsesión de su cerebro, nostálgico de claridad. La vaguedad y la rigidez teutónicas se ciernen, sin embargo, sobre su numen y le imprimen a su estilo conmociones y desviaciones a las cuales sólo se sustraer remontando se a las cumbres de la metáfora, al «séptimo cielo de la expresión simbólica», que dijera Pater.

Con Remy de Gourmont penetraremos por sendas floridas y luminosas en el corazón mismo de la floresta gálica. Posee el lenguaje y el estilo y con sagacidad de filólogo y delectación de gramático sondea sus manantiales y compulsa y aquilata sus leyes a la luz de una estética severa y refinada, generosa y exquisita. No sería exacto decir que su estilo fuera la vestidura de su pensamiento. Es la forma misma, la condición física de él, y ostenta en cada uno de sus aspectos y de sus accidentes los timbres genéricos de su linaje. En sus obras reaparecen simultáneamente todas las cualidades de una dinastía de talentos, que dejan a su paso por el mundo desde los «Ensayos» in genuos, eruditos y sapientes y las «Las vidas de las honestas» e «Ilu tres damas» hasta las páginas cristalinas y letales donde los ojos asombrados de Cándido contemplan la imagen invertida del Universo. Tiene de Montaigne lo que pudiera llamarse el sentido de la humanidad, el dón de gentes del escritor; el libertinaje andantesco, el colorido epigramático y la alegría pagana del vivir, propios de Brantome; y de Voltaire, además de la saeta certera y ponzona, el sentido de estabilidad y proporción, y junto con la capacidad indefinida para asimilar ideas, la intuición genuinamente filosófica de causas y categorías.

No quedan, ni con mucho, demarcados dentro de estos linderos los términos de la obra de Gourmont ni los títulos de su abolengo. Apenas hay en el inmenso cuadro de las letras francesas virtud de estilo, forma de talento ni fuente de conocimiento que no haya concurrido a la formación de aquel caudal. Su obra, he dicho, no es un sistema filosófico, una Suma de los conocimientos. Es en cambio, una filosofía, una interpretación de la vida y una norma fecunda de criterio. Las excursiones y conquistas de su intelecto se extienden a todos los confines, a todos los territorios de la investigación y del saber. Los seis volúmenes de sus «Promenades Littéraires y Promenades Philosophiques» contienen un espectáculo de curiosidad y versatilidad, de penetración analítica y actividad creadora, que evoca alternativamente, en los aspectos respectivos a Renan y a Taine, a Spencer y Goethe y a Stuart Mill. Con igual competencia y originalidad, discurre allí sobre Saint-Beuve y Rivarol, sobre Edgard Poe o Baudelaire, sobre «El sentido topográfico de las hormigas» o sobre la «Ley de Constancia» que cree percibir en el desarrollo de la mente humana.

Simultáneamente produce monografías, como su estudio sobre «Dante, Beatriz y la Poesía amorosa», verdadera tesis o ensayo, sólidamente documentada, sobre la estructura y la psicología de la sociedad de la Edad Media, y creaciones o experiencias «sui generi»—novela y drama, ensayo y poema al mismo tiempo—en que el vigor de la imagen y el ritmo de la frase imparten, como en «Une Nuit au Luxembourg», relieve carnal, temperatura de pasión y sentido filosófico a las más evanescentes ficciones de la fantasía. Su actividad se difunde por los opuestos y más apartados cauces. Colabora en «El Espectador Católico» y en «L'Action Libertaire», en la «Wiener Rundschau» y en «La Nación» de Buenos Aires y exhibe formas tan diversas, tan incompatibles en apariencia, como las cándidas «Letanías de la Rosa» y «Pehor», el horrible cuento sádico de alucinación y de lubricidad; como las evocaciones espirituales y nebulosas de «Un pays lointain» y las emociones precisas y sagazmente analizadas y los paisajes nítidos y risueños de «Un Coeur Virginal».

En una página de sus «Promenades Littéraires», comentando la extraordinaria fecundidad del Paul Adam, a quien señalaba desde el «Libro de las Máscaras» como un «bello espectáculo» le ponía en guardia Gourmont contra el peligro de las «vidas balzacianas», de tensión metal irrestringida y actividad desmesurada. De ese peligro, en su sentido más literal, no precavío en apariencia a Gourmont su propia sabiduría.

Agobiado por la tarea gigantesca de su existencia por la energía desencadenada de su intelecto, se ha extinguido a los cincuenta y siete años de edad. Fue no solamente, y en

escala mucho más vasta, que Paul Adam, un bello espectáculo, sino un espectáculo imponente. Su vida, si hubiera de resumirse en una frase, quedaría compendiada parafraseando las palabras de que se servía Renan para señalar el puesto de Francia y su papel en la civilización: «Su presencia era indispensable en Europa como protesta indefectible contra la tiranía de las opiniones preconcebidas.»

SATURNINO RESTREPO

A Remy de Gourmont

Desde Palma de Mallorca,
En donde Lulio nació,
Te dirijo este romance,
Oh, Remigio de Gourmont.
Va lleno de sal marina
Y va caliente de sol,
Del sol que gozó Cartago
Y que a Aníbal dio calor.
Llevan las gymnasias brisas
Algo de azahar. Y son
Para tí gratas, ilustre
Nieto de conquistador.
Por tu sangre de Cortés
Puedes ornar tu blasón
Con signos que aquí en España
Mejorara sólo Dios.
Y pues de Cortés blasonas,
Vaya esta salutación
Llena de frases corteses
A tu hogar de sabidor.
Yo te recordé por Lulio
A quien amas con razón,
Pues no hay para seres tales
Mas que razonado amor.
De las plantas de Raimundo
Tu herbario bien sabe el dón.
Si él tuvo antes dón de lenguas,
Dón de lenguas tienes hoy.
Raimundo fue combativo;
Tú lo eres en lo interior,
Y si lapidado fue,
Tú mereces el honor
De ser quemado en la hoguera
De la Santa Inquisición.
Aquí hay luz, vida. Hay un mar
De cobalto aquí, y un sol
Que estimula entre las venas
Sangre de pagano amor.
Aquí estaría Simón
Bajo un toronjero en flor,
Viendo las velas latinas
En la azulada visión.
Y tú tendrías la mente
En un eco, en una voz,
En un cangrejo, en la arena,
O en una constelación.

RUBÉN DARIO

La metamorfosis de Diana

Cuando vio a la luna palidecer y temblar en el cielo puro, velo perdido sobre el azul de los mares, Heliodoro temió por tal presagio, e irguiéndose con los brazos levantados, pronunció palabras de conjuro.

En vano. Los dioses huían con oídos sordos; y de sus labios tan elocuentes y tan ríos en sabiduría, no caían ya

en el santuario sino oráculos despedazados por rayos invisibles y nuevos.

Heliodoro volvió a tomar su asiento sobre el banco de piedras en el umbral del templo. [El viento de la tarde era triste como un adiós; no se oía otro ruido que el suspiro de los rosales, unidos con amor al duelo de las cosas y de los dioses.

Lloró largo tiempo, después se durmió en el umbral, siempre guardián y siempre sacerdote; despertaronlo gritos y luces de antorchas. Pequeñas, semidesnudas, con largos cabellos aceitados, ceñidas de cueros mal curtidos, avanzaban las gentes, llevando en las manos antorchas y ramas de pino que llenaban la noche de llamas y de humo. El jefe dejó caer sobre la cabeza de Heliodoro su antorcha, y el sacerdote, atado, fue arrojado entre los suspiros de los rosales; en seguida saqueron el santuario de Diana, la de blancas rodillas.

Estos bárbaros tenían un poder destructor verdaderamente divino; lo que los hombres habían tardado siglos en construir, ellos lo demolieron en pocas horas de noche, y robado y cargado en carretas todo el oro, se excitaron por irrisión arrastrando fuera del templo a la Artemis inviolada cuyo mármol por su candor sobrehumano asombra ba la piedad de los peregrinos. Hasta quisieron, sin duda para ser agradables a su dios particular, despedazar la efígie de la diosa blanca, creyendo aniquilar su indestructible gracia; pero la efígie quiso permanecer intacta, y los bárbaros se alejaron, cansados de un sacrilegio inútil.

Entonces Heliodoro rompió sus ataduras y surgió la mentable de entre los suspiros de los rosales; nacía el día nuevo; habiéndose lavado el lodo que le velaba los ojos, vio el horror de la devastación impía y a la virgen, su amor, echada a través del sendero, como un cadáver arrojado allí después del asesinato y del estupro nocturno.

Se dejó caer junto a la diosa, y besándole los pies, se desvaneció.

«Mármol puro, mármol de gracia.

Rodillas fieras.

Flancos en que ninguna mano escribió jamás su deseo.

Cuna en que ningún niño durmió jamás.

Fuente en que el ave no ha bebido.

Vientre inaccesible.

Nieves eternas.

Brazos que no se han dignado ceñir sino el tronco sagrado de las encinas.

Manos que no han acariciado sino los flancos de los perros blancos.

Senos que no han palpitado sino con la agonía de las fieras.

Boca de orgullo.

Mármol puro, mármol de gracia.»

Heliodoro en su sueño balbucía estas letanías, y a cada invocación añadía un perdón, una súplica, la expresión de su vergüenza, de su desesperación, de su amor.

«Perdóname, Diana Artemis! Me habías escogido como guardián, y no he sabido alejar de tí a los ladrones! Me habías escogido como sacerdote, y no he podido preservarte del sacrilegio!»

Cuando Heliodoro hubo orado así con toda su cencillez y toda su humildad, le pareció que la diosa se levantaba y se inclinaba hacia él, y le pareció que la boca del orgullo y de la gracia decía:

«Te perdonó, Heliodoro, porque me habrías ofrendado tu vida, si yo la hubiera querido; pero los bárbaros te la han dejado por mi orden, a fin de que seas testigo de un milagro tal, que los hombres no han visto aún semejante.

Los dioses son viejos, Heliodoro, lo sabes: tuvieron su nacimiento y ahora deben morir. Se ha llegado la hora de su muerte. Los dioses mueren en este momento en que te hallo; pero no mueren como hombres; mueren como dios

ses: su esencia permanece y va a revivir en formas nuevas.

Estos cambios son necesarios para la propia gloria y alegría de los hombres; cuando los dioses son demasiado viejos, no inspiran ya ni terror, ni amor; se vuelven indiferentes a las almas familiares y a los corazones distraídos; los hombres, estos eternos prisioneros, no tienen ya confianza en la escala de gracia; temen que se rompa bajo sus pies; no osan ya subir al cielo; entonces, caídos nuevamente en la tristeza de su naturaleza, se arrastran, como en los primeros días del mundo, en el pantano oscuro de la animalidad.

Se necesitan escalas nuevas; por esto se han abatido los árboles en la floresta del infinito.

«Dúrme, Heliodoro. Cuando te despiertes, tú, que me amabas tal como fui, me amarás tal como seré, y por la escala nueva subirás tan alto, que sentirás vértigo.»

Diana se calló, y Heliodoro creyó ver, mientras marchaba hacia el templo, una mujer vestida con un manto que le arrastraba, sembrado de estrellas azules; alrededor de su cabeza había brillo de sol, y de sus manos extendidas caían rayos muy dulces sobre la tierra. Ella entró al templo.

Heliodoro dormía aún; cuando se despertó vio que el templo había sido restaurado según un arte nuevo: donde quiera se habían pintado sobre la blancura de los muros figuras desconocidas, ninjas, corderos y letras griegas llamadas *thau*.

Se levantó y entró al santuario, de que se creía siempre guardián y sacerdote; pero, ebrio sin duda por tan largo sueño, no reconocía ni los tesoros, vasos, lámparas, incensarios, repuestos sin embargo en su lugar, tales como antes del saqueo; ni la fisonomía de los fieles, ni la efígie sagrada que se erguía aún bajo el mismo domo de seda y de perlas, y permanecía de pie, sorprendido cuando la voz de su ensueño sonó en su corazón:

«Heliodoro, reconócame y ámame como amaste a Diana. Soy la eterna virgen; aproxímate: si me dices algunas palabras de amor, comprenderás, porque es el amor lo que hace comprenderlo todo. Vén, Heliodoro, y pón el pie en el primer escalón de la escala.»

Los fieles cantaban.

Ave, semper virgo,

Ave, scala coeli.

Heliodoro mezcló su voz a la del coro, y percibió en su guida, levantada delante de él, una escala nueva hecha con las maderas más preciosas, segadas en la floresta del infinito. De un vuelo subió a los escalones más altos; subió tanto, que tuvo vértigo; tan alto, que comprendió los misterios eternos y la ley que quiere que todo lo que cambia no cambie sino de forma y no de esencia.

REMY DE GOURMONT

(Traducción de Eduardo Castillo)

Oraciones malas

(Inédito)

REMY DE GOURMONT

Benditas tus manos, tus manos impuras, que ocultan pecados en las coyunturas; rosas de misterio con las uñas leves, hostias que volaran en campo de nieves. Cautivan tus dedos un ópalo helado, suspiro postrero del Crucificado.

Benditos los besos de tu boca ambigua con sabor de rosas y de tierra antigua;

ella abreva el acre jugo de las flores,
guardan sus palabras arrullos traidores;
rubí que semeja, sangriento y helado,
la herida postrera del Crucificado.

Bendito tu vientre, tu vientre infecundo,
valle donde brotan del surco profundo
—en las rojas glebas que venció el arado—
corolas exangües de ingrata semilla;
el topacio ardiente que en tu alcázar brilla
fue el último anhelo del Crucificado.

VÍCTOR M. LONDOÑO

Cuento verde

Después de ocho días de silencio, después de haber resistido con desdén a las estratagemas del interrogatorio, Catalina, acusada de haber envenenado a la señora W., habló y dijo:

—Pues bien, sí, fuí yo, y sin embargo no soy culpada. Vivía sola con ella, y tenía tan mal carácter que nadie, desde hacía seis meses, había permanecido en su casa más de dos horas seguidas, y eso sólo por la mañana. Por consiguiente, no se me puede acusar más que a mí y así lo he reflexionado y comprendido. Al principio pensé en librarme de la incomodidad no diciendo nada, permaneciendo ante usted y ante todos los jueces, muda y como muerta; pero ahora he comprendido que mi silencio me condenaría. Esta mañana, al despertarme, fue cuando las cosas se me presentaron con toda claridad; hasta anoche me había parecido vivir en una noche pesada, y soñaba que tal vez se me dejaría en ella o que se me olvidaría. Cuando me hacían comparecer ante ustedes, escuchaba sus palabras sin comprenderlas; pero sonreía, a lo que yo creo, porque me alegraba de oírlos hablar. Esta noche, sin duda que todo se me ha trastocado en el cerebro, a pesar mío. Voy a contarles a ustedes la historia, tal como pasó. Yo no soy culpada.

Catalina no tenía de vulgar más que la condición equívoca de donde salía. Su posición era un término medio entre la señora de compañía y la criada. Había sido institutriz. Su origen era modesto pero digno. Era alta, pálida, bajo sus cabellos oscuros de reflejos rojizos, y tenía los ojos verdes.

Cuando levantó la cabeza, en un movimiento de desafío, el juez contempló sus ojos verdes con cierto terror.

—Ojos verdes, decíase, ojos de gato, ojos de monstruo! Bajó ella los párpados, aguardando una respuesta; después alzólos de nuevo, con traza de interrogación.

—Ojos verdes, pero de un hermoso verde, tierno y profundo, soñaba el juez. Ojos de enamorada.... Es evidente que existe un hombre en esta historia.... Quiere salvar a su amante. Sus ojos, dicen que ama y su belleza certifica que es amada. ¡Qué miseria es la justicia! ¡Qué importa al mundo eso, la desaparición de aquella vieja, si esta mujer tiene la ventura en sus ojos lejanos! ¡Cómo deben ser bellos cuando se muestren enloquecidos por la pasión!... Ah! Pero soy yo quien me vuelvo loco.....

Frunció las cejas, y dijo simplemente:

—Escucho.

Pero Catalina había notado muy bien el efecto producido por su aptitud de mujer, y se hizo más mujer todavía.

—Hace dos años entré en casa de la señora W., en calidad de señorita de compañía; pero desde el primer momento advertí que me vería obligada, por lo menos la mayor parte del día, a desempeñar un oficio más humilde. Las camareras rara vez permanecían en su casa más de una semana: una querella, sospechas, el mal humor habitual de la señora, provocaban la retirada de todas. Como fuí tratada de este modo desagradable, primero pensé en

dejar la colocación yo también, cuando advertí que la señora me temía un poco y que en último término, con destreza, podría al fin y al cabo manejarla. Así, pues, permanecí en su casa. Al principio hacía venir a ella una vecina pobre que me aliviaba mucho desempeñando los más enojosos menesteres, y yo sola servía la casa, sin el concurso de ninguna otra criada. Así obtuve algún reposo, terminando por sonreírme ante las cosas desagradables que se me decían. La señora nunca me dirigía la palabra más que en tono hiriente e insolente; pero yo no le respondía y aquello pasaba. Hubiera soportado esta vida en espera de algo mejor, porque salía con frecuencia.

—Iba usted a ver a su amante.

—Sí, señor, iba a ver a mi amante todos los días, y volveré a verle todos los días cuando me lo permitan....

Los ojos verdes se habían tornado tan dulces y a la vez tan ardientes que el juez no se atrevió a desafiar su brillo. Bajó la cabeza y dijo:

—Continúe usted.

Jugaba con el lápiz dibujando no sé qué en una gran hoja de papel blanco:

—Estaba—prosiguió tranquilamente Catalina—en el capítulo de las sospechas. La comida nos la traían de afuera, pero, naturalmente, era yo quien la disponía: pasaba por mis manos y yo era la responsable de ella. Como no teníamos unos mismos gustos, ella toleraba que yo hiciera elecciones particulares. Fue esto lo que ocasionó mi desgracia,—y la suya, añadió con crueldad.

—¿Cómo?

—Eh! Porque se puso a creer, a creer....

—A creer lo que debía ocurrir, dijo el juez.

—Sí, señor, a creer lo que fatalmente debía ocurrir, lo que preparaba ella misma, no con sus propias manos, sino con sus propias palabras. De súbito retrocedía en su asiento y gritaba:

—Catalina, habéis querido envenenarme?

A lo cual respondía y, con calma:

—Yo, señora, no he pensado en eso nunca, bien lo sabe usted.

Y reponía:

—Entonces, comed de esto.

Y yo me resignaba a comer un bocado del manjar sospechoso. Satisfecha entonces, la señora proseguía su comida murmurando:

—Vamos, no era hoy.

Estas palabras, respetadas tan a menudo, obraron en mi espíritu como si fueran una orden. Las oía por la noche en mi sueño, y a veces hasta sin dormir. Hulera de bido huír, ¡Ay! Permanecí en aquella casa. Al mismo tiempo me sucedieron las más graves desgracias. Mi amante cayó enfermo; debió de irse muy lejos de París. Yo me volví loca, si la obsesión es una locura, y una mañana me puse a repetir, como una letanía: «¡Es hoy! ¡Es hoy!»

El juez sacó su reloj y se levantó bruscamente:

—Muy pronto continuaremos.... Muy pronto.... Cálame usted.... No diga nada más por ahora.

Dos horas más tarde, solo con Catalina en su celda, el juez le decía:

—Hija mía, no hay más pruebas en contra de usted que sus confesiones posibles. Así, pues, yo no la interrogaré más. Más tarde me lo dirá usted todo.

—Más tarde?—Dijo Catalina. ¿Sabe usted si me volverá a ver?

—Deseo volverla a ver, ¿No he sido yo bueno con usted? No digo esto hija mía, para hacerme de un título con usted; pero si no la salvo de la muerte, la salvo del presidio y seguramente de la infamia. ¿No me guardaría usted por eso algún reconocimiento?

—Mi vida, dijo Catalina, valía tan poco! Y ahora? La prisión me da miedo y la libertad me infunde miedo también.

Ocultó el rostro entre las manos y lloró.

—Su amante la espera, dijo el juez con una voz temblorosa.

—Si mi amante me esperara, lloraría! repuso Catalina.
—Entonces puedo amarla a usted! ¿Quiere usted que la ame?

—¿Acaso puedo impedirlo?

—Gracias. Pero usted, ¿me ama a usted?

—Yo?.... Yo?.... Yo lo hubiera amado acaso, si usted me hubiera hecho condenar por celos, para apartarme de un amante,

—Pero yo sabía que usted no tenía ningún amante... Los jueces de instrucción sabemos muchas cosas.

—Ha muerto, y su muerte me ha hecho saber que me engañaba. Déjeme usted aquí; déjeme sola.

—Iré a verla y me contará el final de la historia. Pero aquí, continuó en voz baja, ni una palabra más. Mañana recibirá la dirección de la casa en que se la espera.

El juez poseyó la sonrisa de aquellos ojos que lo habían hechizado, y la belleza blanca y pura de Catalina, con sus flores rojas y sus sombras rubias. Fue una amante agradable; pero tan soñadora a veces, que parecía haberse vertido en la estatua del ensueño. Al despertar, tomaba la mano que la había tocado en el hombro y la besaba.

Nunca entre ellos se trató del fin de la historia. El juez la conocía; sabía que el veneno había sido vertido, sabía que el crimen había sido ordenado por la palabra que era menester no pronunciar.

Un día pidió de beber

—Nunca, dijole Catalina, nunca beberás, nunca comerás aquí. ¡Nunca!

—¿No me amas? dijo el juez.

—Tal vez no te amo bastante para creer en tu amor.

—¿Qué es menester para ello, niña?

—El olvido.... ¿Quieres beber ahora?

Y él no respondió

—Ya ves? dijo Catalina.

REMY DE GOURMONT

(Versión de D. S.)

Remy de Gourmont

UNE NUIT AU LUXEMBOURG — *Mercure de France* 1906.

Antiguamente los dioses eran mucho más afables con los hombres; sin menoscabo de la gravedad y el decoro, de partían amigablemente con estos y aun les dispensaban la gracia de jugarles tal cual mala partida. Luciano conserva memoria de aquellos diálogos quasi-divinos.

Un moderno sucesor del *epilogista* griego, Remy de Gourmont, relata una jugosa y amena plática que tuvo lugar recientemente entre cierto personaje enigmático y un periodista norteamericano, en una iglesia de París. El periodista por *fumisterie* propia de su raza y de su oficio, pretende hacernos creer que habló con el divino Jesús; pero ni los discursos ni el traje del desconocido—guantes grises y caña de la India—deruncian la persona del humilde Nabi.

Sucede que el periodista americano, a caza de novedades, en vísperas de cumplirse la ley de separación, perdió una noche, atraído por cierta extraña claridad, en la iglesia de Saint-Sulpice. Encuéntrase allí con un caballero de porte correcto y se enreda con él en una larga conversación. Al rato abandonan la iglesia y continúan el diálogo en el vecino jardín, hasta que llega el alba. Sobrevenen tres lindas Magdalenas, amables sin desenvoltura; tres parisinas de poca malicia (el tipo puede existir), que escuchan aleladas el diálogo, y de vez en cuando ofrecen a los interlocutores rosas y besos. Quizá las flores húmedas que llevan en las manos es lo que las hace aparecer vaporosas y coroas envueltas en una suave atmósfera de pureza:

«Marchan lentamente, cogidas de la mano; sus sonrisas ponen más luz en la claridad del día.»

Comprendiendo la gravedad del discurso, se abstienen de parlotear, embelazadas con las palabras y la gentileza de los caballeros. El de más edad, a quien el yanqui mistificador nos vende por Cristo, comprendía la sabiduría antigua y moderna en estas palabras:

«El sabio sólo cree en una cosa: en sí mismo; el sabio no tiene más que una patria: la vida.... La libertad es un goce interior. Uno es más libre cuanto menos quiere parecerlo. La mujer es menos bella cuando divulga su belleza. Afectad libertad y seréis esclavos. Debe uno ocultar siempre sus buenas fortunas. Amigo mío, acabo de exponeros la filosofía de los dioses. Aceptad el método si tenéis valor para seguirlo sin desfallecimiento. Nosotros existimos, y es bastante Podéis vos hablar lo mismo, vos que no dais un paso hacia la dicha, sin avanzar otro hacia la muerte? Esperad si necesitáis la esperanza; bebed si estáis sediento. ¿Imagináis acaso que quiero burlarme de vos y que después de hablaros como sé divino que soy, os trataré como hombre para terminar hablandoos como niño? No. La verdad es que no hay cuestión que no reciba en mi espíritu soluciones diferentes y aun contradictorias capaces de resolverla. Yo abarco lo creeréis? con una sola mirada las seis fases del cubo. Yo sé bien que nada hay tan poco razonable como la razón; yo sé que nada hay más cruel que el sentimiento. No hay uno solo de vuestros sistemas al cual no dé la vuelta con dos o tres pensamientos. ¡Qué interesantes ruinas son vuestros sistemas! Uno olvida fácilmente que ellos son escombros cuando ve cómo atraen la multitud. Continuad vuestras romerías, continuad vuestros peregrinajes. Yo he favorecido el materialismo de Epicuro, el cristianismo de San Pablo, el panteísmo de Spinoza. Os he hablado de Spinoza? Yo le tenía grande afecto. Bebiendo leche él y yo, descubrimos la identidad de la realidad y la perfección. Fue un hombre absolutamente feliz; el otro fue Epicuro. Spinoza halló la dicha en el ascetismo; Epicuro en la voluptuosidad; sonriendo vivieron uno y otro. Yo los he lamentado por igual. Eran dos maestros para los hom

Tienda de promisión

(Inédito)

Por saciar los ardores de mi sangre liviana
y alegrar la penumbra del vetusto caney,
un indio malicioso me ha traído una india
de senos florecidos, que se llama RIGUEY.(1)

Sueltan sus desnudeces tuhos de mejorana;
siempre el rostro me oculta por atávica ley,
y al sentir mis caricias apremiantes, se afana
en clavarme las uñas de rosado carey.

Hace luna. La fuente habla del himeneo;
la indieca solloza presa de mi deseo
y los hombros me muerde con salvaje crueldad.

Pobre.... Ya me agasaja. Es mi lecho un andamio,
mas la brisa y la noche cantan mi epitalamio
y la montaña púber huele a virginidad.....!

JOSÉ EUSTACIO RIVERA

(1) RIGUEY, nombre indígena de mujer. Significa *pluma de garza*.

bres; más cercanos a ellos que no lo estoy yo. Recuerdo una de las proposiciones de Spinoza: 'cada uno desea o rechaza necesariamente, según las leyes de su naturaleza aquello que juzga bueno o malo.' Equivale a decir: Cada uno desea naturalmente ser feliz. Granda ingenuidad; gran verdad; no existe otra filosofía; no existe otro método. La virtud consiste en ser dichoso. ¡Cuán perversos aque llos de vosotros que se alzan con el poder, es decir, con la fuerza, y de ella usan para atajar a los hombres en el cami no que los primeros no quieren seguir! Acaso debía yo des engañar a Cecilia, cuyos besos inocentes eran como plegarias; cuya vida era una ascensión venturosa hacia el martirio, hacia el cielo mismo? Qué fatuidad creerse uno en poce sión de la evidencia, y luégo que chiquillada imaginar que la verdad es útil y necesaria! Amigo, lo que es verdadero es verdadero, y lo que es bello es bello; entre estos térmi nos y otros que uno pudiera intercalar, no hay relación ne cesaria! En cuanto a mí, sonrío de las ilusiones humanas; pero no desearía reducirlas a una sola ilusión obligatoria. Amaís a Elisa? Obedeced sus deseos por d' sparatados que os parezcan. Ella ha á otro tanto por vos y seréis felices...»

Es la antigua Serpiente, insinuante y sabia que brinda una vez más el fruto de vida entre las rosas del Edén.

Pocas veces los dioses y los hombres habían platicado con tánta gracia y con tánta malicia.

Madama Rachilde, que es poco asustadiza, fingió santi guarse después de leer el diálogo de M. de Gourmont. Ella piensa que si los dioses acaban por negarse a sí mismos, el mundo naufragará en las tinieblas. Vano alarma: los di oses saben muy bien a quien pueden decirle ciertas cosas; ellos no son explícitos y frances sino cuando hablan con per sonas tan escépticas y curiosas como M. Remy de Gou rmont.

VÍCTOR M. LONDONO

El billete doux

El dulce billete promete
alguna novela ejemplar....
Lo que dice el dulce billete
no es difícil de cícular.

Dice: *Señora.... La lectora*
sonríe un poco, y bien se vé,
cómo es ella de encantadora
del rizo loco al lindo pie.

El escarpín se encrespa un poco
turba el fichú vago ademán,
y pasa bajo el rizo loco
la nubecilla de un afán.

Dice el billete.... ¡Con que lista
fogosidad, se ha absorto en él!
¡No fije usted tanto la vista
que puede quemarse el papel.

Es lástima que esos antojos
de algún amorcillo gandúl,
impidan ver en tales ojos
la pasión negra o la fe azul.

La pasión.... ¡Cuidado con ella!
Que envejece y arruga (sic)
y en cuanto a la fe, simple estrella
no se lleva. ¡Es tan poco chic!

Así, pues, en la breve intriga.
dejemos lo que no se vé,

y contentémonos, amiga,
con el *Instittu de Beauté*

En la mejills impera el arte
del lunarcillo internacional,
que es donde harán punto y aparte
los besos del coresponsal.

Lunar que con toda falsía
descenderá en el quid pro quo
de algún error de ortografía
hasta el labio que aún dice *no*.

¡Qué bien ríe! ¡Qué bien puesto
el fino toque de carmín
de su boca! ¡Pero, a todo esto
qué decía el billete al fin?

¡Oh, yo bien sé si es una cita
o alguna otra amable merced,
más la discreción, señorita,
me prohíbe decirlo a usted!

Aunque, filósofo importuno,
y respetando su candor,
sé que ya usted conoce alguno
como ese... o quizá mejor.

LEOPOLDO LUGONES

“Laus Deo”

Jardín florido de la vida.....
¡Nada me debes, ni yo a tí!
Las espinas que me clavaste
por las rosas que te cogí.
Cuando el dolor vino a mis puertas
se las abrí de par en par,
¡porque sé bien que en este mundo
somos del gozo y del pesar!
Un hada blanca fue mi risa;
un hada negra mi aflicción.....
Como ambas eran mis hermanas
iles repartí mi corazón!
Jardín florido de la vida.....
¡Nada me debes, ni yo a tí.
Las espinas que me clavaste
por las rosas que te cogí.

MIGUEL DE CASTRO

LA MUERTE DE SIGALION

—Hay dos clases de escritores, decía Sigalión: los que escriben y los que no escriben.

Tal aforismo, escuchado por auditorio atento a sacudir su cabellera, evocó un murmullo feliz, el ruido de la ola que se hincha y estalla; sobre vino luégo el silencio de los arroyuelos que vuelven a descender sobre la arena, del pensamiento que va a reunirse al pensamiento ascendente y a morir en él.

—Y entre los escritores que no escriben, hay dos lina jes también, continuó Sigalión: los impotentes y los desdeseñosos.

Resonó, con tempestuoso contento, el joven océano; sus olas, locas de ironía saltaban como cabras, y estallaban como nubes. Los desdeseñosos manifestaban su alegría cotidiana, por haber oído, una vez más, el verbo definitivo.

Durante su juventud, en la época de las flores, Sigalión había vivido largas y tristes noches luchando contra la

rebeldía de su genio mudo; había dudado de su destino, pensado en otros oficios. Por fin, huyendo hacia los países donde la vida es suave y puro el aire, donde el pensamiento se embriaga con la exaltación de la naturaleza, una tarde de paz solitaria y grave, hubo de oír la deliciosa voz de la Palabra interior:

«Desdén! Desdén!»

Cuando volvió a sus amigos, mostróles, con sencillez, sus manos vacías.

¡En otro tiempo, cuántas veces no tuvo que explicarle a la duda ansiosa de una juventud ardiente, los misterios de su obra futura! Qué de tardes pasadas suavemente comentando el verso supremo:

¡Márcha en la sombra mañana, llenas de rosas las manos!..

¡Llama de gloria erigida en la cima hipotética de la Torre! Tardes de la infancia, tardes de ilusión: luégo que pasásteis, Sigalión callaba y sonreía A veces se le oía murmurar:

—Nada! Nada!

Un día, Sigalión confesó:

—Nada? Nô! Admito el dístico, mas cincelado por el mismo poeta en las áureas láminas de un cofre real.

Más tarde, completó su confesión oracular.

—¡La vida es el verdadero arte!

La tercera de sus frases, proferida después de un nuevo silencio de varias semanas, acabó de entregar al mundo el pensamiento de Sigalión:

—Los sentidos son los verdaderos y únicos útiles del artista.

Y agregó:

—Poseéis ya mi evangelio. Callo, pues. Me consagro por entero al arte, es decir, a la vida.

La gloria de Sigalión franqueó la estrecha puerta de los cenáculos. Deseáronlo las mujeres, y amaron en él al poeta de la vida; parecíanles el arte muy fácil de comprender.

No obstante, Sigalión permaneció fiel a sus discípulos, y no pasaba día sin que los reuniese y los alentase en el noble desdén por la detestable labor de escribir, «que hace que los más nuevos y audaces pensamientos sean siempre traicionados».

Aunque hablaba poco, permitía la palabra. Demasiado ligera para determinar contornos precisos, la palabra no encierra en ninguna prisión a las ideas, sino que traza vasto círculo, en el cual se complace en jugar la imaginación, sin que la domine el temor de los gestos definitivos e irrevocables. Los desdiefiosos hablaban, hablaban. En menos de una tarde, muchedumbre de poemas, semillas arrastradas por el viento, germinaban y crecían hasta adquirir tamaño de árboles hermosísimos; entonces se les derribaba a hachazos y convirtiéndolos en menudos trozos, cada cual se llevaba uno para su casa. Ricos con los libros que hubiesen podido escribir, los desdiefiosos adquirían los derechos del crítico absoluto y contadictor. Lo odiaban todo, lo seculaban todo en las catacumbas de una necrópolis grandiosa; su manera de resumir un libro en unas cuantas frases despectivas, abolía para siempre toda obra que llegaba a caer bajo sus pies. Sobre todo, mostraban despiadados con aquel de sus hermanos que rompiera el pacto del silencio. Por un corto «juego aliterativo» en prosa limitada, Sigalión arrojó de la Iglesia a uno de los desdiefiosos más abstractos y altivos.

Pasaron los años. Envejecía el Maestro. Según una frase felicísima — dicha en tarde de fiesta y de abandono —: «La alcoba es el gabinete de trabajo del poeta de la vida», Sigalión había trabajado mucho. El poema de su vida se agostaba. Comenzó a tener tardes menos matizadas; sus aforismos, demasiado pronto salidos de los indecisos labios, se revolvían inmediatamente sobre su cola como culebras adormecidas. Cesaron de desechar, y acabaron por temerle. Un día, fue notorio que Sigalión vivía su última estrofa.

Hermosa fue su muerte.

Con el tono de triste dignidad que conviene a las confesiones supremas, dijo:

—Cuando era un jovencito, antes de conocer mi vocación..... un libro.... un breve libro.... oh..... bajo un seudónimo.... algunos versos.... treinta, quizás cuarenta.... perdonadme!

Esta conmovedora confesión emocionó a todos los corazones presentes; lloraban las mujeres; los jóvenes se estrechaban las manos febrilmente.

Sigalión, repitió:

—Perdonadme.... Pero ante todo, vivid! Vivid el poema de la vida!

En el estremecimiento del postrero minuto, todavía se le oyó murmurar:

—Muero ahogado por las ideas.

REMY DE GOURMONT

(Traducción de Luis Alberto Sarmiento)

Los primeros versos de Darío

A TI

Yo vi un ave
Que suave
Sus cantares
A la orilla de los mares
Entonó,
Y voló....

Y a lo lejos
Los reflejos
De una luna en la alta cumbre
Que argentando las espumas
Bañaba de luz sus plumas
De tisú
¡Y eras tú!....

Y vi un alma
Que sin calma
Sus amores
Cantaba en tristes rumores
Y su ser
Conmover
A las rocas parecía.

Murió la azul lejanía,
Tendió su vista anhelante,
Suspiró,
Y cantando ¡pobre amante!
Prosiguió...
Y era... ¡Yo!

RUBÉN DARIO

Diciembre de 1880.